

Los Abajos

Abajo, abajo, más abajo, abajísimo de la montaña más enorme del universo, habitaba el pueblo de «Los Abajos», una tribu, que según cuentan los que cuentan, llegaron a este lugar en una gota de rocío que trajo el viento de verano. Dos gotas de rocío que eran él y ella, y que, poco a poco, se fueron convirtiendo en ellos y ellas. El pueblo de «Los Abajos» quedaba tan abajo de la montaña, que cuando miraban hacia arriba solo veían una gran muralla verde y al final una luz que penetraba con dificultad hasta ellos.

Al principio todo era maravilloso, los habitantes de este pueblo tenían fuentes de agua que llegaban delicadamente desde la montaña; frutos y animales para alimentarse y vestirse. Para sobrevivir no tenían que hacer muchos esfuerzos, y sus habitantes se quedaron allí por largos años, sin preguntar qué había más allá de la verde espesura.

De vez en cuando, había uno que otro «abajo» aventurero que decidía explorar lo que había más allá, pero nunca regresaba, por lo que cada vez eran menos los que querían indagar por los misterios del bosque, y muertos de miedo se quedaban en el pueblo, aunque cada día fuera menos divertido.

Sin embargo, con el pasar de los años, ellos y ellas fueron cada vez más y más, hasta el punto que ya ni siquiera cabían de pie, y los «abajos» más grandes debían transportar a los «abajos» más pequeños en sus hombros. Eran edificios de «abajos» caminando hacia la escuela, hacia los cultivos, hacia el parque y hacia todos lados. Además de eso, como era de esperarse, la comida, el agua, las frutas, las verduras, comenzaron a escasear y los «abajos» empezaron a morir de hambre y sed.

Sin otra alternativa, el líder de la tribu convocó a los más fuertes habitantes de ellas y ellos con la finalidad de organizar grupos de exploradores que fueran a buscar nuevos territorios y una mejor calidad de vida para su comunidad.

Una vez organizado el grupo de exploradores, encabezado por el líder, salieron los «abajos exploradores». Al tercer día, luego de una larga travesía llena de caminos pedregosos, maleza y animales salvajes, ya cansados y desesperanzados, uno de los aventureros, dijo entre sollozos:

-Mejor devolvámonos, después de tres días está claro que aquí no encontraremos nada más que la muerte, no hay agua, no hay comida, nuestros zapatos ya están rotos y no podremos continuar.

Varios de los viajeros estuvieron de acuerdo y trataron de convencer a los más optimistas de volver con ellos.

Sin embargo, el líder de los «abajos» propuso un trato:

-Es necesario tomar un descanso, pero les propongo que aún no regresen. Quédense en este lugar, mientras yo avanzo un poco más en busca de un nuevo camino. Si en tres días no he regresado, pueden olvidarse de la exploración y volver con sus familias.

Los exploradores se quedaron, revisaron de nuevo el mapa y la ruta, y animaron a quienes, con pesimismo, no veían salida. Lo primero que hicieron fue observar qué elementos del lugar les podían servir, encontraron algunos plásticos, ramas, palos, y vieron cómo los pájaros que estaban cerca se refugiaban en frondosos árboles, así que su intuición los llevó a encontrar algunos frutos, construyeron sombrillas con las hojas grandes y suelas de refuerzo para sus zapatos con los plásticos.

A los pocos días apareció el líder explorador lleno de ramas, les dijo que había abierto un nuevo camino y encontrado una cascada de agua. Todos celebraron el hallazgo del nuevo camino y se instalaron en aquel lugar que, en poco tiempo, se llenó de nuevas soluciones para sus habitantes; allí vivieron muchos años hasta que un día un niño dijo «no estoy contento aquí, me queda lejos de la escuela, hay que caminar mucho para llegar».

El pequeño, con sus amigos, comenzó a pensar: «¿y si nosotros nos moviéramos más rápido?». Se miraron todos sonriendo, y aquella sonrisa fue el inicio de nuevos inventos. Cuenta la leyenda que esa aldea se convirtió en una gran ciudad a donde todos quieren llegar. (Parra, 2015).